

de ensueño común a todos los manchegos». Perdonadme que me sienta emocionado.

Ya era hora de encontrarlo. Entre todo ese montón de literatura que rodea a Prieto —y de la que él ni se entera—, un hallazgo expresivo, una verdad penetradora y nada de su «clasicismo», de «la poesía de su dibujo», de «la angustia de su humanidad» y tantas otras frases bien dichas incapaces de explicar a todo Gregorio Prieto. Al de sus molinos y al de sus marineros, al de sus lienzos de Grecia y al de sus dibujos shakespearianos. Y es Walter Starky, con profunda comprensión de lo nuestro, quien da la clave orientadora: Realismo unido a una imaginación que es como una especie de ensueño. Las cosas son, están ahí plenamente, pero llenas de hondura, llenas de un callado fermentar, de un hondo sentido. Así, en Gregorio.

Con todo su amor a la forma griega «sus figuras están prestas a evadirse, por la vida que contienen, de la línea vigorosa y sutil que las aprisiona». Y esto a los ojos de Zacharie Papantonion, un griego de hoy. Nadie diría en efecto, de verdad, de algo helénico que la línea vigorosa y sutil —la forma— lo aprisiona. Nadie. Y sin embargo se dice de lo que Gregorio hace. Esto es conducente y revelador. Pero no estoy seguro de que sea cierto. ¿Las aprisiona? No. Las figuras —y sobre todo en el color de los cuadros de la tierra nuestra— no están prisioneras, sino que son densas. Son algo más que color. Y es que hay dos modos de dejar de ser clásico: Hacia fuera —el lujo mediterráneo —y hacia dentro —la densidad castellana—.

Prieto —con todo su amor a la forma, con todo su inmenso amor— lo ha dejado de ser a veces sin quererlo; otras —las más— metido en lo suyo, hundiendo las cosas y los colores y las líneas y las formas y todo más y más en sí mismo. Y así, su exterioridad, a pesar de ser pura, está llena de un sentido humano y pleno. De ese sentido en el que hay un gran amor a lo que es, que se hace amor al ideal.

Perdonadme que esté emocionado. Alguien ha dicho algo de los manchegos. Y lo ha dicho aplicándolo a un artista de excepcionales dimensiones, que así se hace inevitable y definitivamente nuestro. Gregorio Prieto, con sus adolescentes y sus mariposas —cuajados de algo como denso que no acaba de lograrse—, con sus molinos lentos y a veces de una gran tragedia —que es a la vez un gran sosiego—, con sus mármoles trancos llenos de sosiego —que él da con notas de estremecida tragedia— y con esos cielos azules de estrellas grandes y obsesivas, Gregorio Prieto, es de aquí y por aquí, ganado inevitablemente de este ensueño tenso y oscuro, pleno de color sin lujo, de forma sin clasicismo, de amor sin punto cierto. Perdonadme que esté emocionado.

F. CALATAYUD